

hacia los otros maderos donde los condenados, vivos y llenos de agonía, pedían agua: uno, inmóvil y gimiente; otro, con las manos rasgadas, rugiendo terriblemente. Topsius, que sonreía lleno de frialdad, murmuró:

—Ya es tiempo: vamos.

Con los ojos llenos de lágrimas, tropezando en las piedras, descendí al lado del profundo crítico la colina de la Inmolación. Yo sentía una densa melancolía entenebrecer mi alma al pensar en aquellas cruces que habían de levantarse siempre como anunciaba el judío de la guedaja aceitosa... ¡Oh, dura miseria, así sería! Si, por todos los siglos de los siglos veríase siempre en torno de la leña de las hogueras, en la frialdad de las mazmorras y ante la escalera de las horcas, aquel afrentoso escándalo de juntarse Sacerdotes, Patricios, Magistrados, Soldados, Doctores y Mercaderes para sacrificar ferozmente al justoque, penetrado del esplendor de Dios, enseñase la Adoración en Espíritu ó al que lleno de amor hacia los hombres, proclamase el Reino de la Igualdad.

Con tales pensamientos, volví á Jerusalem, mientras las aves, mas felices que los hombres, cantaban en los cedros del Gareb...

Había oscurecido y era la hora de la Cena pascual cuando llegamos á casa de Gamaliel. En la sala azul, con techumbre de cedro, el austero doctor ya nos aguardaba, tendido en el diván de correas blancas, con los pies desnudos y las luengas mangas levantadas hasta los hom-

bros. A su lado había un bordón de viaje, y una calabaza de agua, emblemas rituales de la salida de Egipto. En frente alzábase un candelero en forma de arbusto, que tenía en cada brazo una pálida llama azul. Con los ojos perdidos en aquel brillo trémulo y las manos cruzadas en el vientre, Eliezer, el benigno *Doctor de la Tripa*, sonreía beatíficamente recostado en almohadones de cuero bermejo. Junto á él dos escabeles, cubiertos con tapices de Asiria, esperaban por mí y por el sagaz historiador.

—¡Sed bienvenidos!—murmuró Gamaliel.—¡Grandes son las maravillas de Sion! ¡Debéis venir hambrientos!

Batió levemente las palmas. Dos esclavos, caminando sin ruido, en la punta de sus sandalias de fieltro, entraron alzando muy alto los grandes platos de cobre que humeaban. A un lado teníamos para limpiar los dedos un bollo de harina blanco, fino y blando como un paño de lino; del otro, un plato largo, con cerco de perlas, donde negreaba un montón de cigarras fritas; en el suelo jarras con agua de rosas. Cumplimos las abluciones; y Gamaliel murmuró la oración ritual sobre la gran fuente de plata donde el cabrito asado humeaba. Topsius, gran sabedor de las maneras orientales, engulló fuertemente por cortesía, demostrando apetito y deleite: después, con una hebra de carne entre los dedos, afirmó sonriendo á los doctores que Jerusalem le parecía magnífica, hermosa de claridad y bendita entre las ciudades.

Eliezer de Silo murmuró, con los ojos cerrados de gozo, como si nos acariciasen:

—Es una joya mejor que el diamante, y el Señor la engastó en el centro de la tierra para que irradiase igualmente su brillo en derredor.

—¿En el centro de tierra?—murmuró el historiador con docto espanto.

—Sí.

Y empapando un pedazo de bollo en la salsa, el profundo físico nos explicó que la tierra era chata y mas redonda que un disco: en el medio, estaba Jerusalem la Santa, como un corazón lleno de amor hacia el Altísimo; en redor, la Judea, rica en bálsamos y palmeras, cercada de sombras y de aromas; después los paganos, en regiones duras, donde ni la miel ni la leche abundan; después, los mares tenebrosos... y por encima el cielo sonoro y sólido.

—¿Sólido?—balbuceó mi sabio amigo.

Los esclavos servían en tazas de plata cerveza amarilla de la Media. Con solicitud Gamaliel me aconsejó que, para avivarle el sabor, trincase una cigarra frita. El Rabí Eliezer, sabio entre todos en las cosas de la naturaleza, revelaba á Topsius la divina construcción del cielo.

El cielo está formado por siete duros, maravillosos y rutilantes fanales de cristal; por encima de ellos, rodaban constantemente las grandes aguas; sobre las aguas fluctuaba, en un fulgor, el espíritu de Jehová... Aquellos fanales de cristal, agujereados como una criba, resbalaban unos sobre los otros con una música dulce y lenta, que los profetas más queridos habían oído á veces... Él mismo, una noche que oraba en el huerto de su casa, en Silo, escuchara, por un raro favor del Altísimo aquella armonía, tan penetrante y suave, que las lágrimas, una á una, le caían en las manos abiertas... Ahora, en los meses de Kisleu y de Tebeth, los agujeros de los fanales coinciden y por eso caen sobre la tierra las gotas de las aguas eternas que hacen crecer las siembras.

—¿La lluvia?—preguntó Topsius con acatamiento.

—¡La lluvia!—respondió Eliezer con serenidad.

Topsius, disimulando una sonrisa, alzó hacia Gamaliel sus anteojos de oro que brillaban con sana ironía; pero el piadoso hijo de Simeón conservaba en el rostro, enflaque-

cido en el estudio de la Ley, una serenidad impenetrable. Entonces, el historiador, tomándose una aceituna, deseó saber del esclarecido físico por qué tenían los cristales del cielo ese color azul que eleva el alma...

Eliezer de Silo se lo explicó:

—Una gran montaña azul, invisible hasta hoy á los hombres, se alza allá á Occidente: cuando le da el sol, su reverberación baña el cristal del cielo. ¡Tal vez en esa montaña es donde habitan las almas de los justos!...

Gamaliel tosió blandamente y murmuró:

—Bebamos en alabanza del Señor.

Alzó una taza llena de vino de Sicheu, recitó sobre ella la fórmula de una bendición y me la pasó llamando la paz sobre mi corazón. Yo murmuré:

—A mi salud y por muchos años.

Y Topsius, recibiendo la taza con veneración, bebió:

—A la prosperidad de Israel, á su fuerza, á su sabiduría.

Después, los siervos, precedidos por un hombre obeso, de túnica amarilla, que hacía resonar pomposamente sobre las losas su vara de marfil, trajeron el más devoto manjar de Pascua; las hierbas amargas. Gamaliel las probó solemnemente como cumpliendo un rito. Representaban las amarguras de Israel en el cautiverio de Egipto. Eliezer las declaró fortificadoras y llenas de una alta lección espiritual. Después, el sabio físico se atiborró de miel de Hebrón; y me obligó á mí á que también la tomase en abundancia. Con la boca llena, se extrañó que hubiese elegido los alrededores de Sion tan secos y desolados, para dar un paseo. Más suave me hubiera sido la fragancia de Siloeh...

—¡Fuí ver á Jesús!—le interrumpí severamente.—Fuí ver á Jesús crucificado esta tarde por mandato del Sanhedrín.

Eliezer, con oriental cortesía, se golpeó el pecho demos-

trando sentimiento. Luego quiso saber si pertenecía á mi sangre, ó si había partido conmigo el pan de la alianza, aquel Rabí á quien fuera ver en su muerte de esclavo.

Le miré sorprendido.

—Es el Mesías.

Y él, más sorprendido que yo, quedó con la boca abierta y un hilo de miel pegado á la barba.

¡Oh rareza! Eliezer, doctor del Templo, físico del Sanhedrín, no conocía á Jesús de Galilea. Me confesó que atareado con los enfermos que durante la Pascua invaden Jerusalem no había ido aquellos días ni al Xistus, ni á la tienda del perfumista Cleos, ni al huerto de Hannán donde las noticias vuelan más numerosas que las palomas: por eso nada había oído de la aparición de un Mesías...

Por lo demás, añadió, no podía ser el Mesías. Ese debería llamarse *Manahem* «el Consolador» porque traería el consuelo á Israel. Habría dos Mesías: el primero, de la tribu de José, sería vencido por Gog; el segundo, hijo de David y lleno de fuerza, vencería á Magog. Antes de nacer él, comenzarían siete años de maravillas: habría mares evaporados, estrellas desprendidas del cielo y tal abundancia que hasta las peñas darían fruto: en el último año correría sangre entre las naciones: al fin resonaría una voz portentosa, y sobre el Hebrón, con una espada de fuego, surgiría el Mesías.

Decía estas cosas peregrinas mientras pelaba un higo. Después añadió, exhalando un suspiro:

—Por ahora, hijo mío, ninguna de esas maravillas anunció el consuelo de Israel.

Y clavó los dientes en el higo.

Entonces fui yo, Teodorico, ibero, de un remoto municipio romano, quien conté á un físico de Jerusalem, criado entre los mármoles del Templo, la vida del Señor. Le referí las cosas dulces y las cosas fuertes: las tres estrellas

sobre su cuna; su palabra amansando las aguas de Galilea; el corazón de los humildes palpitando por él; el Reino del Cielo que prometía, y su faz augusta brillando ante el Pretor de Roma...

—Después los Padres, los Patricios y los Ricos le crucificaron.

El doctor Eliezer, revolviendo en el azafate de higos, buscando los más maduros, murmuró pensativo:

—¡Es triste, es triste; es triste todo eso!... Todavía, hijo mío, el Sanhedrín es misericordioso. En siete años, desde que lo sirvo, apenas ha lanzado tres sentencias de muerte... Sí, ciertamente el mundo necesita escuchar una palabra de amor y de justicia; ¡pero Israel tiene sufrido tanto con los innovadores, con los profetas!... En fin, nunca debería derramar la sangre del hombre... Y por cierto que estos hijos de Betfagé no pueden compararse con los míos de Silo.

En aquel instante el docto Topsius que debatía con Gamaliel el helenismo y las escuelas socráticas, irguiéndose, con los anteojos en la punta de la nariz, lanzó este resumen luminoso:

—Sócrates es la semilla; Platón, la flor; Aristóteles el fruto... Y de este árbol se ha nutrido el espíritu humano.

Pero Gamaliel se levantó súbitamente; Eliezer también. Ambos tomaron los cayados; ambos gritaron:

—¡Aleluya!... ¡Loemos al Señor que nos sacó de la tierra de Egipto!

Terminaba la Cena pascual. El esclarecido historiador miró el reloj y pidió permiso á Gamaliel para subir á la terraza y refrescar su emoción en el aire tibio de Ofel... El doctor de la ley nos condujo hasta la balaustrada iluminada pálidamente: llamó sobre nosotros la gracia del Señor y penetró con Eliezer en un aposento cerrado por cortinas de Mesopotamia, del cual no tardó en salir un su-

vísimo aroma, mezclado con débil rumor de risas y sonos lentos de lira.

El aire en la terraza era tibio y fragante. ¡La alegría reinaba aquella noche de Pascua en Jerusalem! En el cielo mudo, cerrado, como un palacio donde hay luto, ningún astro brillaba; pero la ciudad, con sus iluminaciones rituales, parecía salpicada de oro. En la pared oscura de algunas casas, relucían hilos de luces como collar de joyas en el pescuezo de una negra. Traía el aire los sonos de las flautas y la doliente vibración de las cuerdas del konnor; en las calles, iluminadas por grandes fogatas de leña, veíamos flotar las túnicas cortas de los griegos, danzando la «calábida». Solamente las torres que parecían más altas en la noche, la Híppica, la Mariana y la Farsala, se conservaban oscuras; el mugido de sus bocinas pasaba de tiempo en tiempo, ronco y mudo, como una amenaza, sobre la santa ciudad de fiesta.

Todavía más allá de murallas continuaba el júbilo de la noche pascual. Había luces en Siloeh. En los adueros, sobre el monte de los Olivos, ardían fuegos claros; é hileras de antorchas humeaban por los caminos, por entre un rumor de cantares.

Tan sólo una colina, más allá de Gareb, permanecía en tinieblas. En aquella hora alboreaban entre un peñascal dos cuerpos despedazados, donde los picos de los buitres, con un ruido seco de hierros entrechocados, hacían su Cena pascual. Al menos otro cuerpo, preciosa envoltura de un espíritu perfecto, yacía resguardado en un sepulcro nuevo, envuelto en lino fino, ungido, perfumado de canela y de nardo. Así le habían dejado en aquella noche más santa de Israel aquellos que le amaban y que desde entonces para siempre jamás le amarían entrañablemente... Así le habían dejado con una losa encima. Ahora, entre las casas de Jerusalem, llenas de luces y llenas de cantos,

también había alguna, oscura y cerrada, donde corrían lágrimas sin consuelo. Allí el hogar estaba apagado y frío; la lámpara triste agonizaba: en el cántaro no había agua porque nadie fuera á la fuente; y sentadas en la estera, con los cabellos caídos, aquellas que le habían seguido desde Galilea hablaban de él, de las primeras esperanzas, de las parábolas contadas por entre los trigales, de los tiempos suaves en la ribera del lago.

Así pensaba yo, reclinado sobre la baranda, mirando á Jerusalem, cuando en la terraza surgió sin rumor una forma envuelta en alba túnica de lino extendiendo un aroma de canela y de nardo. Parecióme que irradiaba una claridad y que sus pies no pisaban las losas. Mi corazón tembló de miedo, Mas de entre el blanco ropaje una bendición salió, grave y familiar.

—¡Que la paz sea con vosotros!

¡Ah, qué alivio! Era Gad.

—¡Que la paz sea contigo!

El esenio, callado, se detuvo ante nosotros. Y yo yo, veía que sus ojos intentaban llegar al fondo de mi alma para sondar su grandeza y fuerza. Por fin murmuró, inmóvil como una imagen tumular en sus vestiduras blancas:

—La luna va á nacer... Todas las cosas esperadas se están cumpliendo... ¡Ahora, decid! ¿Sentís el corazón fuerte para acompañar á Jesús y guardarlo hasta el oasis de Engaddi?

Me incorporé estirando con terror los brazos en el aire. ¡Acompañar al Rabí! ¿No yacía, pues, muerto, ligado y perfumado, bajo una piedra, en un huerto del Gareb? ¡Vivía! ¡Al nacer de la luna, entre sus amigos, iba á partir para Engaddi! Agarré ansiosamente el hombro de Topsisus, amparándome á su saber fuerte y á su autoridad.

Mi docto amigo parecía envuelto en una pesada incertidumbre,

—Sí, tal vez... Nuestro corazón es fuerte; pero... Además, no tenemos armas.

—¡Venid conmigo!—insistió Gad ardientemente.—Pasaremos por casa de alguien que nos dirá las cosas que nos conviene saber y que os dará armas...

Aun trémulo, sin desasirme del sapiente historiador, osé balbucir:

—¿Y Jesús, dónde está?

—En casa de José de Ramatha,—respondió el esenio dirigiendo en derredor una mirada inquisidora como el avaro que habla de algún tesoro.—Para que nada sospechase la gente del Templo, en su presencia misma hemos depositado el cuerpo del Rabi en el túmulo nuevo que está en el huerto de José. Tres veces las mujeres lloraron sobre la piedra que, conforme á los ritos, como sabéis, no cierra enteramente el túmulo, dejando una larga hendidura por donde se veía el rostro del Rabi. Algunos sirvientes del Templo lo reconocieron diciendo. «Está bien», y se retiraron luego á sus moradas... Yo entré por la puerta de Genath. Nada más he visto. Pero apenas anochezca, José y otro, fiel enteramente, deben ir á buscar el cuerpo de Jesús, y con las recetas del libro de Salomón, hacerlo salir del desmayo en que lo postró el narcótico y el sufrimiento... ¡Venid, pues, vosotros que lo amáis también y creéis en él...

Impresionado, decidido, Topsius envolvióse en su amplia capa; y descendimos con cauto silencio por la escalera que de la terraza conduce á un camino de menuda piedra, pegado á la muralla nueva de Herodes.

Largo tiempo caminamos en la obscuridad guiados por las blancas vestiduras del esenio. De entre casuchas en ruinas, á veces, un perro saltaba aullando. Sobre las altas almenas, pasaban mortecinas luces de ronda. Después una sombra que tosía alzóse del pie de un árbol triste y

en calma, como si saliese de una sepultura; y rozando mi brazo, sacudiendo la capa de Topsius, nos rogaba, á través de gemidos y entre tufaradas de ajo, que fuésemos á dormir á un lecho que había perfumado de nardo.

Paramos por fin ante un muro cuya entrada cerraba una gruesa estera de esparto. Un corredor, rezumante de agua, nos llevó á un patio rodeado por una baranda que se asentaba sobre rudas vigas de madera; el suelo, blando como lodo, apagaba el rumor de nuestras pisadas.

Gad lanzó tres veces, con intervalos, el grito de los chacales. Nosotros esperábamos en medio del patio, al borde de un pozo cubierto con tablas: encima de nosotros el cielo tenía la obscuridad dura é impenetrable de un bronce. Al cabo de algún tiempo, bajo la baranda, surgió la claridad de una lámpara, alumbrando la barba negra del hombre que la traía, y que echara sobre su cabeza la punta de un alboroz pardo de galileo. Pero el viento apagó la luz. Y el hombre, lentamente, en las tinieblas, caminó hasta nosotros.

Gad exclamó:

—¡Que la paz sea contigo, hermano! Estamos prontos.

El hombre posó lentamente la lámpara sobre el brocal del pozo y dijo:

—¡Todo está consumado!

Gad, estremecido, interrogó:

—¿El Rabi?

El hombre, después de haber sondeado la sombra en derredor con los ojos inquietos que relucían como los de un animal del desierto, se acercó más á nosotros hablando en voz baja:

— Son cosas más altas, que no podemos comprender. Todo parecía verdad. El vino narcotizado había sido dispuesto por la mujer de Rosmofim que es hábil y conoce

dora... Yo había hablado al centurión, un camarada á quien salvé la vida en Germania, en la campaña de Publio... Cuando colocamos la piedra sobre el sepulcro de José de Ramatha, el cuerpo del Rabí estaba caliente.

Se detuvo, como si el patio no fuese lugar bastante seguro. Nosotros temblábamos de ansiedad. Yo sentí que una revelación iba á pasar sobre mí, prodigiosa, iluminando los Misterios. Al fin, el hombre dijo como un murmullo triste de agua corriendo en la sombra:

—Anochecido, volvimos al sepulcro. Miramos por la hendidura; la faz del Rabí estaba serena y llena de majestad. Levantamos la losa y sacamos el cuerpo. Parecía adormecido en los paños que lo envolvían... José tenía una linterna; le llevamos por el Gareb, corriendo á través de la arboleda. Al pie de la fuente, encontramos una ronda de la cohorte auxiliar. Dijimos: «Es un hombre de Joppé que enfermó, y al cual llevamos á su sinagoga». La ronda dijo: «Pasad». En casa de José estaba Simeón el esenio, que ha vivido en Alejandría y conoce las virtudes de las plantas: todo estaba preparado... Extendimos á Jesús en la estera. Le dimos á beber los cordiales; esperamos orando... ¡Ay! Sentíamos bajo nuestras manos enfriarse el cuerpo. Un instante abrió lentamente los ojos. Una palabra salió de sus labios. Era vaga, no la comprendimos... Parecía que invocaba á su Padre y que se quejaba de algún abandono... Después le recorrió un estremecimiento: en las comisuras de su boca apareció un poco de sangre... ¡y con la cabeza sobre el pecho de Nicodemus, el Rabí quedó muerto!

Gad cayó pesadamente de rodillas sollozando. El hombre, como si todas las cosas hubiesen sido dichas, dió un paso para buscar su lámpara que había dejado en el brocal del pozo.

Topsius le detuvo con avidez:

—Escucha. Necesito saber toda la verdad. ¿Qué hicisteis después?

El hombre se detuvo al pie de los pilares de madera. Luego, alargando los brazos en la obscuridad y tan cerca de nuestros rostros que yo sentía su aliento, murmuró:

—Era necesario para bien de la tierra que se cumpliesen las profecías. Durante dos horas José de Ramatha oró postrado. No sé si el Señor le habló en secreto; pero cuando se alzó su faz resplandecía y gritó: «Los tiempos llegarán». Después, por su orden, enterramos al Rabí en una caverna tallada en roca que José de Ramatha tiene tras el molino.

El galileo atravesó el patio y tomó su lámpara. Se retiraba lentamente, sin un rumor, cuando Gad, alzando el rostro, le llamó á través de sus sollozos:

—Escucha aún. ¡Grande es el Señor en la verdad!... ¿Y el otro túmulo, donde las mujeres de Galilea le habían dejado envuelto envuelto en tela con áloes y con nardo?

El hombre, sin detenerse, murmuró ya sumido en las tinieblas:

—¡Allá quedó abierto! ¡Allá quedó vacío!

Entonces Topsius me arrastró por el brazo tan atropelladamente, que tropezamos en la obscuridad contra los pilares de la baranda. Allí en el fondo abrióse una puerta con brusco estruendo de hierros caídos... Ví una plaza rodeada de pálidos arcos, triste y fría; en la unión de las losas crecía la yerba como en una ciudad abandonada. Topsius se detuvo; sus anteojos fulguraban.

—¡Teodorico! ¡La noche termina! ¡Vamos á partir de Jerusalem! Nuestra Jornada al Pasado acabó... La leyenda inicial del cristianismo está hecha; va á morir el mundo antiguo.

Asombrado y estremecido, miré al docto historiador. Sus cabellos ondeaban agitados por un viento de inspira-

ción. Las palabras que salían de sus labios retumbaban terribles y enormes, cayendo sobre mi corazón.

—Al acabar el Sabbath, las mujeres de Galilea volverán al sepulcro de José de Ramatha, donde dejaron sepultado á Jesús... Le encontrarán abierto y vacío... «¡Desapareció, no está aquí!...» Entonces María de Magdala, creyente y apasionada, irá gritando por Jerusalem: «¡Resucitó, resucitó!» De este manera el amor de una mujer cambia la faz del mundo y da una religión más á la humanidad.

Y levantando los brazos, corrió á través de la plaza, donde los pilares de marmol comenzaban á caer sin ruido y blandamente. Jadeando llegamos al portal de Gamaliel. Un esclavo, que aún tenía en las muñecas pedazos de las cadenas rotas, guardaba nuestros caballos. Montamos. Entre un fragor de piedras arrastradas por un torrente llegamos á la puerta de Oro. Galopamos hacia Jericó, por la calzada romana de Sichem, tan vertiginosamente, que no sentíamos las herraduras herir las losas negras de basalto. La capa de Topsisius volaba, rajada por una cuchillada furiosa. Los montes corrían á los lados como fardos sobre lomos de camellos en la desbandada de un pueblo. Mi yegua volaba y yo veía en el aire su aliento encendido: me agarraba á las crines aturdido, como si volase entre nubes ..

De repente avistamos entre las sierras de Moab la planicie de Canaán. Nuestro aduar blanqueaba junto á las brasas moribundas de una hoguera. Los caballos se detuvieron temblando. Corrimos á las tiendas; sobre la mesa, la vela que Topsisius encendiera para vestirse hacia mil ochocientos años, agonizaba, con un pábilo luminoso y rojizo... Derrengado por la jornada, me eché sobre el catre sin descalzarme siquiera las botas blancas de polvo...

Inmediatamente me pareció que una antorcha flameante penetraba en la tienda, esparciendo un brillo de oro...

Me levanté asustado. Con un rayo de sol que llegara desde los montes de Moab, entraba el alegre Potte en mangas de camisa, con mis botas en la mano.

Arrojé la manta y me incorporé para comprobar mejor la mudanza terrible que desde la víspera se hiciera en el universo. Sobre la mesa yacían las botellas de *Champagne* con que brindamos á la Ciencia y á la Religión. El envoltorio de la corona de espinas estaba á mi cabecera. Topsisius, en su catre, con un pañuelo atado á la cabeza, bostezaba poniéndose los anteojos. El risueño Potte, censurando nuestra pereza, quería saber si apetecíamos aquella mañana «tapioca» ó «café».

Dejé salir deliciosamente del pecho un ruidoso y consolador suspiro; y en el júbilo triunfal de sentirme reintegrado en mi individualidad y en mi siglo, salté sobre el colchón y con la falda de la camisa al viento, grité:

—¡Tapioca, Pottel! ¡Una tapioca muy dulce y muy buena, que sepa bien á mi Portugal!

